

IPARRAGUIRRE Y SU “GERNIKAKO”



Desde que ese himno, encarnación por su letra del ideal bascongado, y expresión por la música de su sentimiento y pasión, saliendo de la estrechez en que en un principio se encerrara, recorrió veloz la Europa entera, nadie pensó en atribuir la paternidad á otro que á Iparraguirre, hasta que la crítica francesa, por uno de sus más ilustres escritores, ha negado á éste tal dictado, concediéndosele al organista Altuna.

Y desde que esa especie se lanzó á la publicidad, todo el mundo, como movido por el mismo resorte, ha callado, y ni siquiera el bascongado, llamado mejor que nadie á depurar un hecho que quita la inmortalidad á un insigne bardo, se ha levantado á protestar de tan solemne cuanto atrevida afirmación.

Comprendo que quizá sea el menos indicado para intervenir en una cuestión de la indole como la presente, pero tratándose de vindicar á un paisano mío, al que el pueblo bascongado siempre admiró, y al que en alas del entusiasmo que sus composiciones le inspiraran, le erigió eterno monumento que perpetuara su memoria, no puede, quien se siente orgulloso de las glorias patrias, dejar pasar en silencio este punto, que indudablemente significaría el triunfo de un error.

Déjese en buena hora discurrir al didáctico sobre la unión que existe entre la música y la poesía, sobre si ésta es superior ó anterior á aquella, y si ambas deben unirse, hermanarse amigablemente; lo cierto es que, en nuestro bardo bascongado, ambas cualidades eran inseparables, caminaban de común acuerdo.

Sentía como poeta; las fibras de su corazón latían con excesiva violencia al tratarse de su Basconia, y al calor de ese sentimiento, Y movido por la misma pasión, produjo ese hermoso canto, que por sí solo bastara á coronarle con la aureola de la inmortalidad.

Dígase si se quiere que Altuna hubo aprovechado aquel torrente

de inspiración; más todavía, dígase que lo moldeó, vació é hizo pasar por el crisol de las leyes de la música. ¿Pero será esta razon bastante, por sí sola, para afirmación tan atrevida? No. La labor de Altuna se limitó exclusivamente á armonizar aquella composición. Fué labor secundaria.

Hubiera no existido Altuna y el «Gernikako» pasaría á la posteridad con la característica de los cantos populares, y nadie llamaría autor de la obra á quien más tarde hiciera el trabajo de acomodarla para otros instrumentos.

Un dato por sí solo bastará á confirmar lo que llevamos dicho.

Cantábase en cierta ocasión el «Gernikako» en presencia de Iparraguirre. Al oír la segunda parte de la composición, una excitación violenta, mezcla de dolor y disgusto se apoderó de nuestro bardo.

—Me habeis destrozado la obra, dijo á los que la interpretaban.

Quedaron los que le oían inmóviles, ante semejante afirmación.

—Sí—prosiguió aquél—esa segunda parte no está tal cual yo la concebí. Es preciso evitar la monotonía que resulta de la repetición del «re mi re» hasta cuatro veces: debe, pues, sustituirse el primer fragmento de la segunda parte «sol sol la si do re mi re», por «sol sol la si do re sol» para mejor efecto.

Esto indica que Iparraguirre no era ajeno á la composición, que era suya y por lo mismo se aferraba en que apareciera tal cual él la hubo ideado.

En resúmen, negar la paternidad de dicha obra á Iparraguirre, es negar la tradición toda, es denigrar al pueblo bascongado, que al pié de su estatua grabó las notas de su eterno canto, para perpetuar su memoria, es rasgar de un sólo tirón la historia de Basconia, que siempre le veneró como á padre de nuestras canciones. Es, en una palabra, colocarse al pié de su estatua y decirle «baja; tu gloria se eclipsó, mintieron los que de tí escribieron preciosas páginas, los que tus glorias cantaron; malogrados escritores desconocieron tu historia, no te conocieron; sólo te admiraron.»

JUAN JOSÉ BELÁUSTEGUI.

Billarreal Urrechua-koan.

